

Critica de arte

Arístides Maillol

Uno de los más grandes escultores franceses de todas las épocas y, posiblemente el más grande de los contemporáneos, Arístides Maillol, acaba de morir a una avanzada edad.

Nacido en el pueblecito mediterráneo de Bayuls-sur-mer, bello rincón idílico de la Cataluña francesa, Maillol se nutrió en esta región de la clara luz meridiana que habría de llevar más tarde a su obra un marcado acento de paganía. Sintió el artista desde muy joven una indeclinable tendencia a los griegos. Su arte estaba nimbado de esta pasión por la belleza escueta y sobria de los volúmenes. Arte el suyo sin pensamiento, pero enhiesto siempre en la búsqueda de la belleza formal, ansioso de expresar lo que hay de pasión y de gozo jocundo en el desnudo humano, Arte que resumía, condensaba y eliminaba todo aquello que no condujera al resultado inmediato de darnos la belleza sublimada en la renuncia de elementos superfluos.

Su nacimiento en ese rincón griego, en el que también vieron la luz primera Cézanne, Clará (extraordinario y olvidado escultor catalán) y Bourdelle, parece predestinarlo a la ancha aventura de su vida. En ese rincón de aire transparente, de cielo azul, de montañas doradas, los volúmenes se recortan con nitidez escultórica y los ojos se habitúan a medir las masas de proporciones y armonías con ritmo helénico.

Por eso no fué cegado Maillol, como lo fuera Rodin, por la inmensa angustia de París. Permaneció en su región natal go-

zoso de creación, junto a sus hombres silenciosos y a sus mujeres de formas recias y primitivas, sin que las retorcidas higueras ni los jocundos pámpanos de las vides inclinaran su espíritu hacia las formas barrocas.

Recorría Maillol en los amaneceres gloriosos del Rosellón los valles idílicos y se empapaba de formas inéditas, contemplaba la euritmia de las campesinas de caderas poderosas, las lentas y suaves maneras de los *payeses*, charlaba con ellos y su arte iba surgiendo pleno de gozo primitivo y patriarcal, sensitivo y humilde, antiliterario y rotundo en la exaltación de las formas más puras.

Fué siempre Arístides Maillol un primitivo helénico. Estaba más cerca de los jónicos que de Fidias y en su arte había una reminiscencia de los idolillos bárbaros de la vieja Acrópolis. Maillol exaltaba la vida pagana, la vida de los sentidos en toda su plenitud. Sus figuras eran hombres y mujeres que gozan y que aman, sin que el menor pensamiento conturbe sus movimientos y sus perfiles paganos. El barro dócil o la piedra dura adquirían en sus manos blanduras de carnación y las estatuas tenían palpación vital. Por sus venas parecía correr la sangre hecha del vino y del aceite de su Bayuls natal.

Las pasiones sereniábanse en estas formas que sólo parecían vivir como un triunfo y, sobre todo, como un homenaje a la profunda armonía de las masas tangibles. Aparece así el hermano espiritual de Cézanne y de Renoir, dos clásicos que poseían también el gusto por la belleza objetiva y sin pensamiento. Pero Maillol es al mismo tiempo un griego, el más auténtico y apasionado, el más helénico. De aquella ausencia de pensamiento surge la serenidad y el ritmo y la cadencia.

Maillol contrasta con Rodin. El autor de *Le Penseur* es un, dinámico exacerbado. Su romanticismo monumental y su desenfrenada exaltación por los volúmenes en perpetuo movimiento lo acercan más a la vida del espíritu que a la simple expresión de formas. Sus modelos viven pasiones atormentadas. Hay en

ellos a veces una sensualidad morbosa. Maillol, por el contrario, llevaba a sus obras la sensualidad limpia de los griegos, la pura sensualidad de las curvas plenas, de las formas rotundas. Sus deformaciones preconcebidas iban siempre a la exaltación de la vida de los sentidos. Sus Pomonas, sus Venus, sus mujeres tenían la armonía y el ritmo de los volúmenes que viven por sí solos, por el regusto y el sabor de la materia. Muslos anchos y potentes, expresiones bestiales, senos apuntados, epidermis suaves y palpitantes, caderas amplias.

Era un griego. Maillol buscaba en la masa la adoración de la materia. La piedra adquiría en sus manos gruesas y toscas de campesino catalán la glorificación y el empuje universal. La sencillez de sus medios expresivos le bastaba para darnos modelos arquetípicos, la mujer y el hombre en su grandeza adánica, en su belleza absoluta y universal. Desdeñaba la anécdota o la expresión de la intimidad pavorosa del hombre. Y cuando representó el dolor para glorificar el sacrificio cruento de su patria, trazó unos seres sin ataduras ni contactos con particularismos definidores. Acaso había en estas obras un solo contacto: el del hombre desnudo, esquemático, simple, con el barro de donde había salido. Eran seres que parecían una prolongación de la tierra que les había dado el ser y que más tarde los habría de cobijar amorosamente.

Tenía Maillol de los griegos la simplicidad y el ritmo de las actitudes. Sus modelos apenas se movían. Eran entes quietos, con un estatismo enraizado en la tierra. Parecían troncos de árboles hincados en la gleba. ¡Y qué bien armonizaban estos desnudos un poco toscos y primitivos en aquella cuenca mediterránea! El azul perenne del mar, la tierra dorada y el blanco del mármol formaban la paganía cromática de su arte.

Esta simplicidad resumía la totalidad cerrada, completa y desnuda que era como la síntesis de su norma estética. Como clásico sólo le interesaba, o le parecía interesar, la escueta sencillez de los medios de expresión y la condensación de los ele-

mentos dispersos sometidos y encauzados de acuerdo con una arquitectura total armónicamente establecida: una arquitectura en la cual las partes están férreamente sometidas al conjunto.

Tenía también de los griegos el equilibrio. Su pasión por la objetividad no quiere decir servidumbre a las formas aparentes de las cosas. Su clasicismo estaba hecho de armonía entre la visión y su concepto ideal del ritmo y del juego de las masas. Dicha armonía se da perfectamente en la estructuración morfológica del cuerpo humano y de ahí que Aristídes Maillol, ansioso de llegar a una concepción cabalmente estética, buscara el hombre como síntesis integradora de la belleza con tanta pasión sentida.

En esta armonía de conceptos ideales y de expresión de vida y de naturaleza, Maillol ha llegado a darnos la belleza suprema en algunos tipos que guardarán la grandeza de lo eterno. Belleza hecha de equilibrio, de ritmos estáticos, es decir de gravidez, de síntesis. Sus obras tienen sobre todo interés plástico. Interés que deriva del juego de los volúmenes, de la sapiencia con que las masas nos dan la máxima posibilidad de su expresión y, además, por la naturalidad que preside la creación entera del maestro.

Con la muerte de Aristídes Maillol desaparece el último representante de la época dorada del arte francés. Su nombre entra en la posteridad y nos hace comprender mejor la grandeza de todos los que junto a él dieron gloria a la pintura y a la escultura francesas.

Fué un apasionado de su ideal estético. A lo largo del sereno camino de su vida mantuvo una inalterable sumisión a su arte. Amó las formas como pocos y supo darles el aliento universal que las hace grandes y eternas. «Sólo los grandes artistas tienen el derecho de pretender a esta universalidad, porque ellos tienen el sentido de lo monumental», escribió con acierto René Jean en una monografía sobre el maestro. Con esta cita queremos terminar este homenaje al gran artista que acaba de morir.